

Sobre “Julián Marías: Persona”

HELIO CARPINTERO*

Es una buena señal de salud social que hoy celebremos la aparición de un libro de filosofía pura. En medio de una floración constante de libros de periodismo, de política, de historia o de ficción, es importante que, en nuestra sociedad, haya todavía quienes, desde la reflexión callada, ofrecen a lectores alertados hacia el pensamiento algunas nuevas ideas que, atravesando la superficie de cotidianidad, vayan derechas a iluminar las cuestiones profundas del ser del hombre, su mundo, y sus preguntas radicales.

A este grupo de obras esenciales pertenece plenamente el libro que acaba de publicar Julián Marías en Alianza, *Persona*. Representa

algo así como un dardo en medio de la diana, algo que, era ya de prever para cuantos están familiarizados con la trayectoria intelectual de su autor.

No por previsto ha venido más lento. En unos meses su autor ha dado cima a la empresa. Desde su *Breve tratado de la ilusión* (1984), y quizá en rigor desde su *Antropología metafísica* (1970), el pensamiento de Marías venía dando vueltas, de acuerdo con el método que él y su maestro Ortega han llamado "método de Jericó", al son de ideales trompetas, en torno a la fortaleza que llamamos "persona". Hemos visto venir a Julián Marías por un amplio paisaje filosófico con la persona al fondo — o no tan al fondo, sí a un lado de la escena. En este libro,

Persona, ésta ha ocupado al fin el foco de las candilejas.

El asedio, al menos en un primer nivel, ha concluido con la publicación del libro. Conviene que cuantos seguimos de cerca su pensamiento tomemos posesión de la nueva cota lograda.

Su condición de libro

No pasemos por alto su título: *Persona*. Reza "persona", no "la" persona, ni "el ser personal", ni "el concepto —o la idea— de persona"; se nombra una realidad; se ofrece su nombre; cabría pensar que se trata de presentar inmediata, directamente, la realidad así llamada; que el autor aspira, digámoslo así, a presentar "en persona" a la persona.

Empecemos por su condición más inmediata, por el género literario. Se trata de un ensayo personal filosófico.

Personal: está escrito desde la primera persona, con innumerables referencias a la propia tarea en que el autor se halla implicado:

"He ensayado en lo que he escrito una pluralidad de perspectivas... exigidas al tender la mirada sobre esa realidad elusiva y misteriosa..."(117)

"En esto consiste la gran dificultad de la empresa en que me encuentro envuelto..." (83)

Al lector se le lleva de la mano para que vea su mundo como el autor va viendo el suyo. Y se le hacen indicaciones acerca de los elementos en que debe reparar con

especial cuidado, mediante la técnica del subrayado y el entrecomillado:

"el animal está 'dado'...", "en el hombre se introduce la *irrealidad*...", "la muerte *biológica*...", "la muerte *personal*...", etc. (32-33). Es un énfasis literario que reintroduce al autor en cada línea de su texto, que está así peculiarmente acentuado, o me atreveré a decir, "personalizado".

Precisamente porque lo que se presenta es "lo que se ve", hay una voluntad de recuperar expresiones de la lengua cotidiana: Marías saca mucho partido de fórmulas como "la persona insustancial", la vivencia del "no puedo más", "quien somos" y "lo que somos", expresiones que permiten pensar aspectos de lo real que sin su formulación quedarían desatendidos, imposibilitados de entrar en el nivel de la teoría.

Hay en Marías una conciencia agudísima de que toda vida incluye su propia interpretación, la cual lleva a su vez su consiguiente verbalización, de modo que las deformaciones, ausencias, silencios u omisiones lingüísticos llevan consigo la desatención, el desvanecimiento e inexistencia de los posibles factores explicativos correspondientes. Por ejemplo, piensa que para concebir con nitidez la persona hay que verla desde el horizonte de la "ilusión" (114) —palabra que no está en todas las lenguas—; muchos no conocen la palabra "persona" y vivirán sin "la visión 'refleja' de sí mismos..."; e incluso "las nociones de alma, espíritu, subjetividad, 'el yo' —con un artículo revelador— han deslizado el modo de ser de las cosas en los intentos de superarlas" (134). Condicionados por las palabras, condicionados por los hábitos mentales que esas palabras condensan e imponen, precisamente el esfuerzo de Marías, al imponer el régimen mental de ver y decir, o de "conceptuar la evidencia", es un consciente esfuerzo por reprimonar el lenguaje

y revitalizar la sensibilidad hacia lo inmediatamente vivido. A ese esfuerzo, en el libro, no menos de tres veces lo llama *torsión*, giro tal vez no copernicano, pero giro al fin.

La torsión del pensamiento

Quienes conocen el pensamiento de Marías saben que su autor vive con esa conciencia precisamente: con conciencia de giro, de hallarse en lo que llamó hace unos pocos años "un punto de inflexión" (*Razón de la filosofía*). Eso representa, no un mero incremento de visión, como el plasmado en la imagen de los enanos actuales subidos a los hombros de los gigantes pretéritos, una imagen medieval de Bernardo de Chartres que ha hecho enorme fortuna en tiempos no lejanos; el cambio es más que un aumento de paisaje, es un cambio de punto de vista, una variación de perspectiva.

Esa variación supone la afirmación enérgica de que el naturalismo, y aún cabría decir el "cosismo", el pensamiento cosificante, que parte del tipo de realidad dada y cerrada, es inaplicable a la persona. Y, paralelamente, la realidad de la persona exige y requiere unas categorías, una "teoría" que capte su condición de realidad "en marcha", abierta, creativa, fluente, capaz de más y menos, opaca y transparente, inequívoca y al tiempo emboscada o enmascarada, íntima pero también trascendente, futuriza, y sobre todo, una realidad que incluye en sí un momento esencial de irrealidad: "Lo decisivo —escribe (136)— es la *inclusión de la irrealidad en la realidad de la persona*. Esto basta para exigir una nueva 'ontología' —si esta palabra es enteramente adecuada— para entender la persona". Orientado a metas y proyectos, movido argumentalmente por el deseo ilusionante, abierto al futuro, "en la persona

está, paradójicamente 'presente' el futuro" (137).

Para llevarnos a esa realidad que incluye la irrealidad realizable —no de modo automático y como mero despliegue, sino como creación innovativa, como verdadera "obra de autor" (*auctor*, lo ha recordado Marías hace muchos años, es el que "*auget*", es el que aumenta la realidad)—, Marías lleva al lector a ver la realidad desde la nueva altura del camino a que su teoría ha llegado.

Una aproximación fenomenológica

Se trata, pues, de poner en luz la realidad que somos, ante nuestros propios ojos. Para ello Marías se ocupa en mirar, en tener visiones (o sea, ideas), y también en decir lo que ve (légein, lógos), acerca de esa realidad, del individuo humano precisamente en cuanto es y dice "yo".

"La persona se descubre cuando se usa la palabra yo" (21).

Yo soy quien hace esto o lo otro aquí y ahora. Y cuando me refiero a esta realidad, cuando la llamo, cuando la designo, digo: "¡Yo!"; y entonces esto es la persona, la primera persona, la persona desde su centro, desde su núcleo mismo.

No estamos, pues, ante definiciones nominales, sino ante una exploración que quizá debiéramos llamar, como Dilthey llamó a su psicología, "descriptiva y analítica" (*beschreibende und zergliedernde*): lo que Marías intenta es ver, pensar y decir la realidad que somos cada uno de nosotros, cada yo.

Como se trata de un libro eminentemente visual, es mínimamente escolástico, y absolutamente nada escolar. Nada de status quaestionis o repaso de opiniones,

nada de posiciones magistrales precedentes; tan sólo, aquí o allá, una mención a algún nombre egregio: varias citas, tal vez las más, a Aristóteles; también a Leibniz, san Agustín, san Anselmo y a Ortega; y, para cerrar un recuento tal vez impertinente y erudito, menciones asimismo a Kant y a Fichte.

Con todo ello, ¿dónde sitúa el autor al lector de estas páginas?

El gran psicoterapeuta, Cari Rogers, que revolucionó por los años cincuenta las clínicas psicológicas americanas, sugirió que el terapeuta se pusiera en el punto de vista del paciente, se "centrara en el cliente"; muchos años antes, Dilthey había demandado que se comprendiese al otro desde dentro, desde su dentro, yendo, por hermenéutica, desde nuestro yo a la intimidad ajena.

Dilthey sostenía que para comprender la realidad del otro había de basarme en la comprensión de mi propia realidad. Tal era el método hermenéutico. Curiosamente, lo que aquí hace el filósofo Marías es justamente lo inverso: hacer que yo me entienda a mí mismo después de haber transmigrado al paisaje que el filósofo me ofrece. Es el otro, el filósofo, el que ahora me clarifica a mí mismo. Ortega dijo, de modo genial, que "todo gran poeta nos plagia", y aquí habría que decir que un gran filósofo nos descubre a nosotros mismos. Es una hermenéutica que va del otro al yo, del libro a la vida, del filósofo al lector. Aristóteles lo hubiera podido llamar: *epídoxis eis hautó*: progreso (del lector) hacia sí mismo.

Esta nueva iluminación de nuestro ser personal que recibimos del libro se suma a otras precedentes que venían anunciando y, digámoslo también, requiriendo la presente. Su autor venía, desde siempre, apuntando a esta meta; más enérgicamente, desde hace una década. Nos iba colocando ante una

visión del "mundo personal", que giraba sobre la idea de persona, pero donde ésta no ocupaba el centro del paisaje.

Se podría intentar desgranar los múltiples perfiles con que se muestra: "interioridad abierta", acontecimiento dramático, alguien corporal, suma perfección real, realidad con vida ilusionada, criatura nueva enfrentada a lo real, criatura amorosa... por mencionar algunas de las anotadas. Muchas habían aparecido, con estas u otras palabras, en las obras precedentes. Ahora se ha logrado culminar lo hasta aquí andado.

Rasgos del nuevo libro

Ciertos rasgos se me aparecen como novedosos.

Uno es la aplicación del tema de las categorías aristotélicas clásicas de la sustancia y la analogía.

El rechazo de la cosificación de la persona ha ido, en la obra de Marías, enlazado con una crítica a la *sustancia* aristotélica. Este hombre, tiende a presentarlo "como una cosa, si bien de una especie muy particular, definida sobre todo por la racionalidad" (85). Sin duda ese sería el caso de Boecio, que hace de la persona la sustancia individual de naturaleza racional. Incluso — Marías lo señaló hace muchos años — sería también el caso de Descartes, que tras reconocer la peculiaridad de la subjetividad, de la mente pensante, hizo de ella, como de la naturaleza espacial, un caso o tipo de la sustancia, la cosa que piensa frente a la cosa que se extiende.

Ahora, apelando a la idea de sustancia como riqueza u *ousía*, plenamente aristotélica, se nos propone repensar la cuestión. Nuestra lengua habla de "personas insustanciales" —

una tía mía descalificaba a veces a alguien diciendo, sin lugar a apelación: "ese es un sinsustancia"—. La Persona "sustancial" sería aquella que quiere ser muy consistentemente alguien determinado: sus "disponibilidades" y "la realidad hecha con ellas" (86-87) constituirían sustancialidad, y daría "la clave" de la persona (88). El conocimiento de tal clave es lo que vivimos como certidumbre acerca de quien es cierta persona de nuestra convivencia, aquello que permite definirla individualmente, y hacer predicciones acerca de su actos futuros, cumpliendo las funciones de una "esencia" individualísima —tal vez lo que llamara "haecceitas" Duns Scoto, es decir, una talidad individual. (Si la esperanza paulina es "sustancia de lo que se espera", ¿por qué no va a ser mi proyecto "sustancia" de quien estoy llegando a ser?: esta aproximación al tema que Marías hace a la Epístola a los Hebreos resulta extremadamente sugeridora).

El segundo concepto ha sido el de la *analogía*. Este expresa una unidad estructural que relaciona realidades distintas pero entre sí conectadas por un sentido, *logos* o razón. Se descarta la homogeneidad, al tiempo que se afirma la comunidad estructural. Aristóteles descubrió en la analogía la vía de solución de gran número de dificultades surgidas todas de la idea de ser. Pues bien, Marías recurre aquí a la idea de analogía para entender la variedad personal del hombre y la mujer. No son un mismo tipo de persona con dos contenidos distintos: es que se trata de dos tipos estructuralmente diversos, de una realidad, la persona, que se dice de dos maneras, varón y mujer, "dos modos de ser real" (60); el varón, y las experiencias radicales que le individualizan, es a su proyecto lo que la mujer con sus experiencias propias son al suyo: tal vez así podría leerse esa "analogía" como "analogía de proporcionalidad", según decían los escolásticos. Precisamente esta idea puede dar rigor y plenitud a numerosos planteamientos que en nuestro tiempo se

hacen de la cuestión del "género", es decir, de la existencia de una estructura diferencial de roles sociales y personalidades individuales entre lo masculino y lo femenino en el marco de las correspondientes sociedades. No es diferencia meramente biológica, ni tampoco es cuestión de simple rol o papel a cumplir en la convivencia: es, verdaderamente, diferencia entre personas, entre formas proyectivas de humanidad interrelacionadas y, si vale decirlo así, polarizadas.

Precisamente, veo un tercer rasgo sugestivo e innovador, en la idea que aquí se acuña de lo que llama su autor "la *interpenetración* de las personas".

La persona se proyecta y se realiza en un mundo primariamente interpersonal, social, histórico. Cada persona se define en relación a una red de otros, próximos unos, lejanos e impersonalizados otros. Descubrimos el yo después que el tú. Incluso el trato que ellos me aplican, y el que yo les dedico, "personaliza" o despersonaliza nuestras realidades — como todos los análisis sobre burocracia, esclavitud, fanatismos religiosos y políticos ponen de manifiesto—. Estamos por tanto definidos por nuestras conexiones con los otros. La persona es una realidad convivencial. Nuestros amores y nuestras amistades definen esa presencia y penetración de otros en nuestra realidad. Marías llega aún más lejos:

"Finalmente, desde esta perspectiva puede comprenderse la condición *histórica* de la persona humana. Cada uno de nosotros está habitado por multitudes ignoradas, en formas muy diversas, que penetran sin que nos demos cuenta en nuestra vida, que son ingredientes latentes de la persona que somos" (154).

Recordemos que Cari Jung ya habló temáticamente de un "inconsciente colectivo".

No creo que sea éste el modelo en que Marías está pensando. Estimo más bien que es la conciencia histórica, así como en cierto sentido el psicoanálisis y otras formas del autoanálisis, quienes fuerzan a reflexionar en la dirección de ese descubrimiento de las raíces personales que nuestra realidad tiene en las de otros, cercanos o lejanos, aportes de variado alcance que, sin embargo, son esenciales para que cada ser personal se sobreponga a su naturaleza, la domine, la posea y con ella construya su realidad singular. Entre las experiencias radicales, a que tanta importancia concede últimamente Marías, varias se relacionan directamente con otras personas —la madre, el padre, las personas del otro sexo, la muerte del otro...—; y eso quiere decir que nuestra identidad biográfica se va consolidando a través de ese cúmulo de relaciones, que definen el espacio personal de la vida que me constituye.

¿Y ahora, qué?

Muchas otras cosas habría que subrayar en estas páginas: la importancia de la condición personal en la educación, su irradiación sobre temas como la despersonalización del fanatismo, de la esclavitud o el terrorismo, su conexión con la muerte y el suicidio, sobre todo su condición problemática en el mundo actual.

Hay, sobre todo, una pregunta que me he hecho una y otra vez al leer estas páginas: ¿abren o cierran un ciclo? ¿estamos al final de la ascensión a una cima, o acaso en el desembarco recién comenzado en un nuevo continente?

Hacia arriba y hacia abajo, la exploración aquí llevada a cabo en torno a la persona se abre a cuestiones promisoras y sugestivas. Hacia abajo: frente a lo usual en estudios sobre estos temas, Marías ha construido descriptiva, fenomenológicamente su visión de la persona sin entrar más de lo preciso en las

dimensiones naturalizadoras del problema. ¿Y los modos corpóreos del ser personal? ¿Y la percepción de las personas, de sus intenciones, de la clave en que la otra persona consiste? ¿Y la educación personificadora? ¿Y las estructuras biológicas de cuya alteración se siguen destrucciones o desvanecimientos de la persona real?

Pero también hacia arriba se abren nuevas cuestiones. Llamo hacia arriba, precisamente, en la dirección de la exploración de la apertura a la trascendencia, y a lo que Zubiri llamara el hecho de la religación con el fundamento del ser, o el ser fundamental...

La lectura de este libro me ha hecho evocar unas lecciones espléndidas de Marías, sobre filosofía y cristianismo, en que sorprendentes iluminaciones acerca de la persona, el amor y las ultimidades habrían venido de la aproximación entre una filosofía de la persona y la vida humana y una religión de la divinidad a un tiempo personal y humanizada.

Marías ha renovado, desde su particularísimo temple literario y su perspectiva intelectual, una luz de reflexión que esclarece el ser del hombre actual. Conviene, a todo aquel que sienta que lo humano no le es ajeno, leer este libro como si fuera una novela con enigma, o mejor aún, un "espejo de humanidad".

J. Marías, *Persona*, Madrid, Alianza, 1996.